

JAVIER
MOSCOSO

PROMESAS
INCUMPLIDAS

UNA HISTORIA POLÍTICA
DE LAS PASIONES



taurus



JAVIER
MOSCO SO
**PROMESAS
INCUMPLIDAS**

UNA HISTORIA POLÍTICA
DE LAS PASIONES



taurus
T

SÍGUENOS EN
me gustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Victoria

Llegará un día en que nuestros descendientes, indignados, queden estupefactos ante la lectura de nuestra historia y den a esta inconcebible demencia el nombre que merece.

SIEYÈS, *Ensayo sobre los privilegios*, 1788

AGRADECIMIENTOS

Durante el tiempo que ha durado la redacción e investigación que ha dado lugar a este libro, he contraído deudas de muy distinta naturaleza. El Centre Alexandre Koyré y el Centro de estudios del siglo XIX en la Sorbonne, ambos en París, la Universidad de Washington en St. Louis (USA), el Fishbein Center for the History of Science y el Departamento de Historia de la Universidad de Chicago, el personal del Archivo Departamental de Val-de-Marne, el personal de los archivos del APHP de la rue des Minimes, en París, la Wellcome Library, en Londres, la Biblioteca Nacional de Madrid, la Bibliothèque de Médecine de la Université René Descartes, París V (BIU) han contribuido a hacer de este un mejor libro. A lo largo de los años de estudio y redacción, pude beneficiarme también de distintos permisos de estancia, concedidos por el Ministerio español de Economía en el Centre Alexandre Koyré y el Centro d'études du 19ème siècle, en París I, Sorbonne, así como de una invitación como George Lurcy Visiting Professor en la Universidad de Chicago. El Colegio de España, su director Juan Ojeda, su gestor, Ramón Solé, así como el resto de personal tuvieron la gentileza de acogerme durante los meses de octubre de 2015 y 2016. Fue allí, apenas a unos minutos a pie de la vieja prisión hospicio de Bicêtre, que he terminado este libro, todo bajo el auspicio de distintos proyectos de investigación del Ministerio de Economía y Competitividad (FFI2016-78285-R). Para la búsqueda del caso clínico con el que se abre este libro he contado también con la ayuda de Sylviane Sauge, Adjointe au Directeur del Département des patrimoines écrits. Médiathèque du Grand Dole et archives municipales de Dole.

Muchos han sido también los colegas con los que he tenido oportunidad de discutir algunas de las ideas contenidas en esta obra, por más que la última responsabilidad de lo aquí escrito recaiga tan solo en mi persona. Para empezar, me gustaría agradecer a mi editora de Taurus, Elena Martínez Bavière, por su paciencia y su apasionada confianza. En el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC he encontrado siempre la luz en colegas a los que al mismo tiempo aprecio y admiro. Junto a los compañeros del Departamento de Historia de la ciencia, me gustaría mencionar especialmente a Pura Fernández, Eduardo Manzano, Ana Rodríguez, Fernando Rodríguez-Mediano, Cristina Jular, Mercedes García-Arenal, Manuel Lucena-Giraldo, así como la directora de mi instituto, Chelo Naranjo, y el personal de administración y servicios. Fuera del CSIC, la lista también es grande. En el contexto más académico, debo reconocer mis deudas con Jo Labanyi (NYU, Nueva York), Tilli Boon (Washington University, St. Louis), Ignacio Infante (Washington University, St. Louis); Elena Delgado (University of Illinois, Urbana), Akiko Tsuchiya (Washington University at St. Louis, USA), David Niremberg (Universidad de Chicago), Robert Richards (Universidad de Chicago), Joanna Bourke (Birkbeck College, Londres), Sofía Torallas (University of Chicago), David Konstan (NYU, Nueva York), Jesús Vega (UAM, Madrid), Esperanza Guillén (Universidad de Granada), Jean Goldstein (University of Chicago), Lorraine Daston (MPIWG, Berlín), Barbara Rosenwein (Loyola University, Chicago), Suzannah Biernof (Birkbeck College), Dominique Kalifa (Sorbonne), Frédérique Langue (CNRS), Rafael Mandresí (Centro A. Koyré, París), Akihito Suzuki (Universidad de Keio, Tokio), Nuria Godón (Florida Atlantic University), Rob Boddice (Freie Universität, Berlín), Fernando Broncano (Universidad Carlos III, Madrid), José Luis Villacañas (Universidad Complutense, Madrid); Marta Sábado (París), María Lumbreras (Johns Hopkins University); Belén Rosa de Egea (Cartagena), Elena Carreras (Queen Mary, Universidad de Londres), Fay Bound (QMC, Londres), Thomas Dixon (Queen Mary, University of London), Fernando Vidal

(ICREA), y Francisco Ortega (Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil), entre otros muchos.

Algunas de las ideas contenidas en este libro pudieron discutirse durante los distintos cursos sobre historia y teoría de las emociones que impartí en el CSIC, en Madrid, en la Universidad Iberoamericana, en México, en la Universidad de Chicago, en las Universidades de Tokio y de Keio, Japón, en la Universidad de Rennes, en Francia, en el IVAM, en Valencia, en la Universidad Autónoma de Madrid y en la de Barcelona. También en los agradables encuentros de la Sociedad de Santa Leocadia en Cantabria, por los que estoy muy agradecido a Eva Fernández, a Francisco Jarauta, a José Enrique Ruíz-Domènec, a Rafael Segura y a Rosa, entre otros muchos. El grupo de investigación que dirijo en Madrid ha sido testigo de los avances y retrocesos de esta investigación. Muchas gracias a Juan Manuel Zaragoza, Alberto Frago, Antonio Sánchez, Nike Fakiner, Josefa Ros, Marina Cruz, Victoria Diehl, Marina Núñez, Diego S. Garrocho, Loren Berlanga, M. Cruz de Carlos, Susana Gómez, Ruth Somalo, Vicente Palop, Blanca Folch, y Mónica Portillo. Sheila Lastra ha tenido la paciencia y la generosidad de leer y mejorar todos los capítulos de este libro. No hay palabras para expresar mi gratitud.

Después de toda una vida de relación, mi siempre esposa ha seguido siendo, aun en la distancia de la separación, el sustento de mis alas. Tal vez el amor sea el peor enemigo del matrimonio, pero estoy seguro de que, cuando todo oscurezca, allá estará Reyes iluminando mi noche. Nuestro hijo, Arturo, sigue siendo la gran alegría de mi vida entera. Soy el más afortunado de los hombres.

INTRODUCCIÓN

Quien miente no quiere recordar, quien incumple sus promesas busca que los demás olviden, quien deshonra sus acuerdos persigue reconstruir el pasado de modo que el eco de sus viejas palabras caiga en la indiferencia. Quien miente también calla. Quizá con el tiempo, se dice, la letanía de su silencio llegue a sugerir que nada tuvo lugar como los demás lo recuerdan. Tal vez los años consigan borrar la sombra de la sospecha o la marca de la ignominia. Quizá la traición pueda reinterpretarse a la luz de un presente más benévolo o sumergirse para siempre en la oscura noche de la desmemoria. El tiempo y el silencio son los grandes aliados de la iniquidad, como la memoria y la palabra lo son de la justicia. Al contrario que el traidor, que busca ante todo ahogar los recuerdos en el olvido, el traicionado desea reivindicar la historia. Su memoria se convierte en el objeto de su obsesión, en una idea fija. Le va la vida en ello. Mientras el desleal quiere hacernos creer que los hechos no son más que ficciones, que nunca existieron, que el otro o los otros se los inventaron, el traicionado desea acumular pruebas y evidencias que formen parte del registro de una injusticia que debe conocerse. Con frecuencia se presentará a sí mismo como el principal testigo de un relato que, en su opinión, no tiene vuelta de hoja: «Yo estaba allí», «Yo lo vi», dirá. «Estas son las pruebas», argumentará. La forma en la que los mentirosos se relacionan con el olvido no es menos estrecha que la que une a los traicionados con la objetividad. Los esfuerzos por olvidar de los primeros no se corresponden en absoluto con el deseo de recordar de los segundos. Al contrario, la ruptura de los acuer-

dos abre un abismo entre dos mundos: a un lado queda la frivolidad, al otro la vehemencia.

Si la mentira prevalece, la historia de la deslealtad se confundirá con la historia de la locura. De ahí que este libro esté lleno de locos y alienados. El delirio puede expresarse de distintos modos, pero siempre aparece ligado a un esfuerzo titánico por recomponer un relato y contar una verdad. En los documentos que nos han llegado de las primeras casas de alienados, la traición se combate a través de una pasión desmedida por dar cuenta de los hechos. En los casos más extremos, el engañado construye su narración sobre las ruinas de su resentimiento. Quienes poblaron los primeros asilos de alienados permanecen callados casi todo el tiempo. Apenas hablan, pero, cuando lo hacen, sobre todo quieren dar cuenta de «lo suyo». Lo que marca su internamiento no es un síntoma, sino un relato. Los historiadores de la ciencia han explicado de manera suficiente hasta qué punto las ciencias de la observación se sirvieron de las pasiones para apoyar una lógica de la objetividad compuesta de consideraciones obsesivas.^[1] Pero la obcecación nunca fue solo una prerrogativa de la actividad científica, sino un elemento presente en otras tantas prácticas culturales ligadas a la economía de la denuncia: desde las acusaciones de infidelidad matrimonial hasta los celos profesionales, o desde la promesa política hasta la traición familiar.

En el contexto de la economía moral de la deshonra, resulta bien complicado distinguir entre la obsesión emocional de quien pretende atestiguar los hechos y la obstinación, perfectamente comprensible, de quien no quiere recordarlos. La economía moral de la traición se teje con los mimbres de dos acusaciones. Por una parte, el falsario se distancia de los hechos, los oculta, los niega: «Jamás prometí nada semejante», exclama; «Nunca dije tal cosa», afirma. Insiste en presentarse bajo el manto de la más prístina inocencia. Ante la evidencia, calla; frente a la prueba, huye. Si el silencio no fuera suficiente, optará por negarlo todo; abjurará de sus propias frases como si nunca las hubiera

pronunciado, abrirá un abismo entre su pasado y su presente. La vehemencia de Saint-Just al reclamar la ejecución de Luis XVI dependía de esa doble iniquidad. El rey no solo había faltado a su palabra, sino que, en un ejercicio de absoluta tiranía, se había atrevido a negar sus propios compromisos como si no hubieran existido nunca. No solo había faltado a la memoria de la Revolución, sino que sus mentiras deshonoraban las virtudes de la inteligencia. «¿Y quién merece ser juzgado por aquellos a quienes ha traicionado?», se preguntaba Saint-Just. «¿Cómo podría aplicarse la pureza de la ley, la credulidad y la confianza del pueblo a quien no es uno de nosotros? No hay término medio: o se le permite reinar, o solo su muerte podrá garantizar nuestro descanso».[2]

La muerte en el cadalso de Luis XVI ponía orden en la ruptura de un pacto de confianza que había sido vulnerado. La solución política del caso cerraba una brecha de naturaleza sentimental, del mismo modo que la traición sentimental había abierto otras tantas incertidumbres políticas. Enfrentada a la desgracia del abandono, madame de Beau-séant remitió a su prometido la nota manuscrita en la que su amante le juraba por su vida que nunca la dejaría, que conocía las consecuencias de su desdicha, que la amaba por encima de cualquier otra consideración y que su amor no conocía más frontera que la muerte. La novela de Balzac *La mujer abandonada* nos precipita a un final trágico, no a causa de la ligereza del amor, sino de la futilidad de la palabra dada. Como en otros textos similares, el lector contempla, a través de una historia en apariencia banal, la espectacular orgía del deshonor. Desde la distancia, no hay paños calientes. El miserable que sedujo a la joven Fantine y que la abandonó entre risotadas después de dos años de relación la describía a sus amigos con tintes de enajenada:

¡Es un fantasma con forma de ninfa, y pudor de monja, que [...] busca refugio en las ilusiones, y que canta y que reza, y que mira el azul del cielo sin saber muy bien qué ve ni qué hace y que, con

los ojos alzados al firmamento, va errante por un jardín donde no hay más aves que las que existen.[3]

Poco tiempo después, este fantasma con forma de ninfa se acostumbró al menosprecio como antes se había hecho a la indigencia. Primero perdió el pudor. Después la coquetería. Finalmente el aseo. También perdió los dientes. Se los hizo arrancar a cambio de cuarenta francos.

La vida y la muerte de Fantine, que Victor Hugo narra en *Los miserables*, es una ficción que no carece de referentes. Al contrario. La prosa nos parece descarnada porque alcanza el hueso mismo de la frivolidad, por un lado, y de los trajes de la miseria, por el otro. Es una historia de dientes, sí. Pero las oquedades que el lujo ha causado en la boca de Tholomyès, el no tan joven filósofo que abandonó a Fantine para regresar «con papá y con mamá», a la «buena sociedad, al deber y al orden», no se compadecen con el vacío de las encías de la enamorada. La novela nos conmueve porque la condición pasional macera el cuerpo engañado en el mortero de la desgracia. La escena transcurre en 1817. Veintiocho años antes, el preámbulo de la Declaración de los derechos del hombre, propuesto por la Asamblea Nacional el 26 de agosto de 1789, recoge muchos de estos elementos:

Los representantes del pueblo francés, constituidos en Asamblea Nacional, *considerando que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos del hombre son las únicas causas de los males públicos y de la corrupción de los gobiernos, han decidido exponer, en una declaración solemne, los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre.*[4]

Obsérvese que los proponentes de la Declaración no se refieren en absoluto a la desigualdad social o a los privilegios feudales recientemente abolidos. La Asamblea Nacional no apoya su Declaración en la injusticia flagrante del aquí y del ahora. El acto performativo que funda el orden social contemporáneo no se sustenta en la condición material de la miseria o en el agravio de la desigualdad material, sino so-

bre los tres elementos que, en su conjunto, configuraban la tríada negacionista medieval: la ignorancia («Yo no sabía»), el desprecio («No me importa») y el olvido («No me acuerdo»).

Incluso antes de la Constitución jacobina de 1793, la Revolución reivindica la necesidad de sustentar todo derecho sobre la conciencia de un pasado que los poderosos, los nobles y prelados, han borrado de la faz de la tierra. Para los miembros de la Asamblea Nacional, la fuerza de la razón ya no se apoya en Dios ni en los privilegios heredados, sino en la obligación de enfrentar colectivamente el desprecio, la ignorancia y el olvido. Frente al infame que grita al pueblo: «Llora, llora; ¡te vendrá bien!», la Asamblea exige aprecio, conocimiento y memoria.^[5] La pulsión revolucionaria se decanta por el registro histórico, por edificar el nuevo orden político sobre la conciencia de los agravios pasados que no pueden ignorarse. Antes que en ninguna otra cosa, el régimen emocional que configura el espacio político del mundo contemporáneo descansa en la manía de la observación, en la necesidad, al mismo tiempo intelectual y pasional, de fijar un relato que sirva de testigo a la memoria.

La experiencia física del amor herido, de los naufragos abandonados, del pueblo al que se ha mentido, posee una dimensión alucinatoria: los engañados conocen y no conocen a quienes amaron, distinguen sus fisonomías y reconocen los rasgos físicos de aquellos en quienes confiaron, pero las palabras presentes ya no se corresponden con el recuerdo de lo prometido. Poco importa que hablemos del rostro del enamorado o de la silueta del general Lafayette, decidido a traicionar a la República. La reacción meramente física que resulta de esta ausencia de reconocimiento —te veo, pero no te conozco; sé que eres tú, pero pareces otro— se asemeja a la reacción que produce la figura de cera que nos pareció viva y que nos engañó al tocarla. El vello se eriza, la piel suda, el estómago se encoje y el cuerpo vomita. Tanto en el contexto político como en el ámbito sentimental, la respuesta emocional involucra no solo las capaci-

dades intelectuales superiores, sino la fisiología y sus procesos. Antes de perder la cabeza, el traicionado comienza por perder el cuerpo. La locura razonante se manifiesta de muchas maneras, pero siempre incluye un cuadro de síntomas físicos que abarcan las fiebres, los mareos, la pérdida del apetito o las expulsiones frecuentes. Abandonado por sus hijas, a quienes había sacrificado la vida, los ojos azules de Goriot adquirieron el color del hierro apagado y su borde rojo parecía llorar sangre:

A algunos les daba horror, a otros compasión. Los jóvenes estudiantes de medicina, que observaron la caída de su labio inferior y midieron el vértice de su ángulo facial, lo declararon enfermo de cretinismo después de haberlo zarandeado un rato largo sin sacarle nada.^[6]

Al contrario que el acuerdo mercantil o que el compromiso legal, el juramento personal sostiene su obligación sobre una relación de intimidad, a veces incluso atravesada por el amor. Desde este punto de vista, el engañado no solo debe perdonar, sino que debe también perdonarse. «¡Qué estúpido fui!», se dirá. Como en el caso de los niños abusados por aquellos en quienes confiaron, la traición hace temblar el mundo. El engaño fractura el cuerpo arrojando los despojos de la belleza al erial del desengaño. Para madame de Tourvel, la dulce esposa burlada por el vizconde de Valmont en *Las amistades peligrosas*, los efectos de la iniquidad se sienten en su cuerpo: en sus sudores, en sus indisposiciones, en la fiebre inespecífica que la conducirá finalmente a la muerte. Para madame de Sommervieux, la destrucción de su retrato no es más que el preámbulo de la liquidación de su existencia. Su madre la encontró «pálida, con los ojos enrojecidos, el peinado en desorden, con un pañuelo mojado en lágrimas en la mano, y contemplando, regados por el suelo, los fragmentos de su atavío desgarrado y los pedazos de un marco deshecho».^[7] En ambos casos, la muerte se presenta como el resultado de un abuso del que no cabe reponerse. La mentira, ya de por sí incom-

patible con la vida, produce un efecto devastador sobre lo que uno es y lo que uno hace. Una vez consumada la traición, el traidor y el traicionado se miran con recelo. Rotos los pactos, uno de los dos, acaso los dos, jamás volverá a ser el mismo. El uno, el traidor, habrá de aprender a ser muchos. El otro, el traicionado, habrá de vivir, o morir, con la obsesión de no ser más que uno.

El libro que el lector tiene entre las manos busca explicar el papel de las pasiones humanas en la configuración de la historia contemporánea.^[8] ¡Qué triste camino debe recorrer un sentimiento para convertirse en concepto!, escribía el filósofo Theodor W. Adorno.^[9] Más duro aún es el camino que debe recorrer una pasión para convertirse en relato. Este libro traza la historia del sentimiento de igualdad, de la ambición contrariada, de la pasión insatisfecha, de la promesa rota. Si las emociones fueran, como sugería Voltaire, los vientos que empujan el barco de la vida, este libro explora el empuje y la dirección de esos vientos. Aun cuando las pasiones se alientan o se combaten, se expresan o se reprimen, los historiadores las han olvidado con frecuencia, dirigiendo su mirada hacia la pasión cristalizada, hacia la experiencia convertida en signo clínico o en historia ficcional. Como el naturalista que describe la morfología de una nueva especie haciendo abstracción de todas las singularidades que observa, así también hemos escrito la historia del acontecimiento evitando el aliento emocional que sirvió para producirlo o para rechazarlo. La eclosión reciente de la historia de las emociones a ambos lados del Atlántico ha permitido volver la mirada a la configuración cultural de los hábitos sobreaprendidos o de los sentimientos cronificados. Habrá que dejar que otros se ocupen del modo en que podemos acceder a los estados de conciencia de nuestros semejantes, vivos o muertos. Ese no ha sido el propósito de este libro. Si fuera verdad, como escribía Mallarmé, que «el mundo solo existe para convertirse en libro», este pequeño ensayo explora el modo en que las experiencias privadas interfieren en la configuración política de la historia.^[10]